

Izquierda Peruana y Europa del Este

¿Qué está en cuestión?

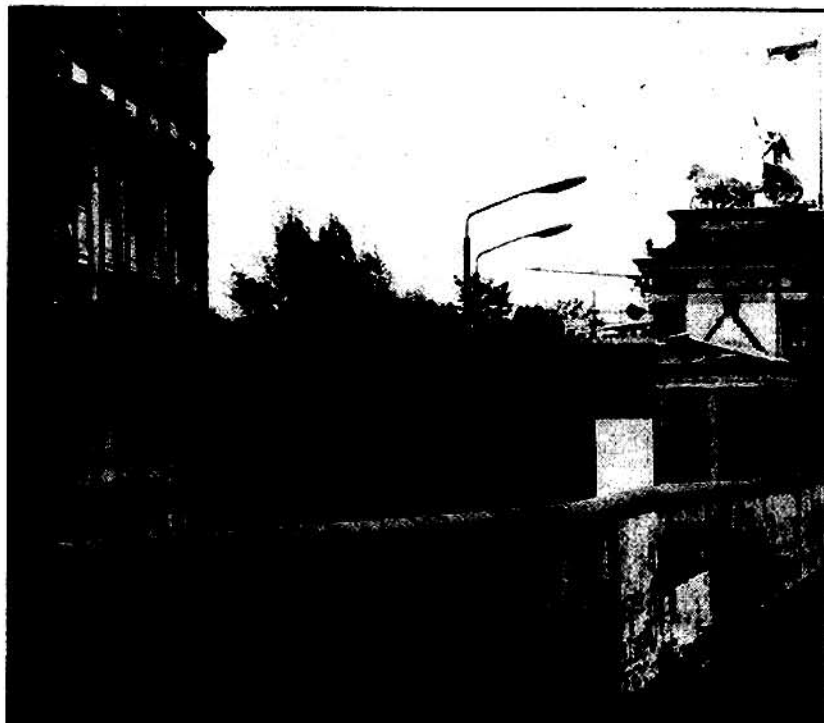
⇨ Nicolás Lynch (*)

«LA MEJOR DEFENSA es el ataque» parece decir la mayor parte de la izquierda peruana frente a los sucesos de Europa Oriental. Todavía se intenta responder de perfil, usando los reflejos primarios de la ortodoxia que saca a relucir los horrores del capitalismo para ocultar los propios. No, esta vez ya nadie lo cree, porque los horrores «socialistas» son equiparables a los capitalistas. Lo ha visto por TV todo el mundo a lo largo de 1989, no hay mayor comprobación que hacer.

La única actitud válida para el socialismo es revisar los lugares comunes en los que se han formado generaciones para proceder a construir un nuevo paradigma. La renovación y no la defensiva aparece como la opción creadora frente al fracaso de un modelo y permite relanzar el ideal de la solidaridad colectiva como el motor fundamental del desarrollo social.

Muchos son los puntos que abarca esta renovación y quizás estemos tan sólo en los inicios de una tarea gigantesca. Sin embargo, hay un punto de partida y quizás un punto previo en la construcción del nuevo referente socialista. Me refiero a la revisión del concepto de revolución, tal como lo hemos aprendido de dos episodios históricos fundacionales: la revolución francesa y la revolución rusa.

Estos hechos brindaron al socialismo, el modelo revolucionario por excelencia, una imagen indeleble de las masas asaltando la Bastilla o el Palacio de Invierno. La revolución se concibió como la toma de la fortaleza del poder burgués. Un hecho súbito y violento que implicaba una sola y gran ruptura, parafraseando a los clásicos del marxismo «el fin de la prehistoria humana y el inicio de un nuevo período». Por esta utopía dieron su vida generaciones de socialistas, comunistas e incluso nacionalistas de izquierda en el último siglo y medio de historia de la humanidad. De allí las dificultades y el dolor que implica para muchos reflexionar sobre el punto. Esta «revolución»



es lo que está en cuestión.

Pero, ¿qué está detrás de esta idea de revolución? Otra ambición quizás más vieja que el concepto de marxismo en el pensamiento humano. Me refiero al deseo de una sociedad transparente, de «un mundo feliz» o de «construir el cielo en la tierra»; un mundo libre de pecado, donde las relaciones entre las gentes sean totales, es decir, libres, solidarias y con los medios para que puedan realizarse.

El mesianismo inherente a esta ambición queda muy claro y se encarga de emparentar discursos que se precian de su racionalidad como el marxismoleninismo, con planteamientos básicamente éticos como los que enarbolan ciertas corrientes a partir del cristianismo. De allí que no sea raro el arraigo del comunismo en países de

fuerte tradición católica, como es el caso de la Europa mediterránea, como tampoco la importante influencia de la denominada *Teología de la Liberación* en los partidos de la nueva izquierda marxistaleninista en nuestro país.

La ambición de la transparencia, más allá de la sinceridad con que haya sido llevada adelante, no ha tenido sin embargo los resultados esperados. En Europa Oriental lo vemos con absoluta claridad.

El modelo que vino a denominarse «comunismo» fracasó en sus intentos de crear una sociedad mejor, razón última de todos los esfuerzos en pos del ideal. En el Perú los «revolucionarios» se enfrentan hoy inevitablemente con la democracia, pobre y precaria, pero democracia al fin y al cabo. Cualquier bolchevique en el Perú de

hoy tiene que aceptar, para ser consecuente con sus postulados, que hay necesidad de destruir el actual sistema democrático, sin darnos mayores garantías de que el futuro no sea camboyano; porque esta imagen de revolución señala que la sociedad transparente sólo puede lograrse vía la instauración de la «dictadura revolucionaria». Requiere de un portador de la verdad, llámese dios, partido o secretario general.

Esta asociación, generalmente sangrienta, entre dictadura y transparencia creo que es la razón para que una buena parte de la izquierda peruana comience a repensar la idea de revolución.

Revisar, sin embargo, la «revolución» podría identificarse con una abdicación de la lucha contra la explotación capitalista. Hay por ello necesidad de algunas distinciones. Una cosa es la «explotación» capitalista y otra algunos elementos de ese sistema, como las libertades individuales y el mercado, que constituyen características de la sociedad industrial moderna. El enfilar contra una, la explotación, no quiere decir terminar con las otras, las libertades y el mercado, tal como viene demostrándolo la experiencia práctica de los países que se renuevan.

El socialismo, entonces, apunta contra la explotación y no tiene por qué abandonar la necesidad de la transformación social, identificándola falsamente con la imagen revolucionaria patentada por el marxismoleninismo. De la misma forma, el cambio revolucionario no tiene por qué ser sinónimo de un sola y gran ruptura, debe más bien entenderse como un proceso de rupturas sucesivas.

La ventaja de la revolución como proceso es que permite que el cambio sea democrático, plural y múltiple, con la participación organizada de la población. La ambición de transparencia, por el contrario, necesita de la voluntad monolítica de una vanguardia que no soporta la coexistencia de de múltiples verdades y termina por adueñarse de todo.

A la luz de los acontecimientos recientes que demuestran la frustración de la gran esperanza de Octubre, bien vale la pena apostar a la democracia como el nuevo camino para enfrentar los horrores de la lógica del capital.

(*) Científico social investigador del Instituto de Estudios Peruanos (IEP).